

COMENTARIO
EXEGÉTICO Y
EXPLICATIVO DE
la Biblia



TOMO II:
El Nuevo Testamento

ROBERTO JAMIESON
A. R. FAUSSET
DAVID BROWN

**COMENTARIO EXEGÉTICO
Y EXPLICATIVO
DE LA BIBLIA**

Tomo 2: EL NUEVO TESTAMENTO

Por

Roberto Jamieson, D. en D.
A. R. Fausset, M. en A.
David Brown, D. en D.

Traductores

Jaime C. Quarles
Lemuel C. Quarles

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Editorial Mundo Hispano

7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, EE. UU. de A.
www.editorialmundohispano.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Tomo II. © Copyright 2015, Editorial Mundo Hispano, 7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Edición 2015

Clasificación Decimal Dewey: 220.7

Tema: Biblia. NT – Comentarios

ISBN: 978-0-311-03004-0

EMH Núm. 03004

500 6 15

Impreso en Colombia.

Printed in Colombia

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN EN CASTELLANO

Superando las dificultades que son inherentes a una obra de esta naturaleza, sale a la luz el COMENTARIO DE JAMIESON, FAUSSET Y BROWN en castellano, editado conjuntamente por la Casa Bautista de Publicaciones, de El Paso, Texas, y la Junta Bautista de Publicaciones, de Buenos Aires; la primera, encargándose de la impresión, y la última, de la traducción. Aparece en dos tomos: El Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

Sentimos una profunda gratitud a los hermanos Quarles por la revisión de las traducciones y por los libros directamente vertidos por ellos. El Sr. Jaime C. Quarles fué responsable por la traducción del comentario sobre los siguientes libros de la Biblia: Génesis, Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, 1o. y 2o. de Samuel, 1o. y 2o. de Reyes, 1o. y 2o. de Crónicas, Esdras, Nehemías, los Cuatro Evangelios, 2a. a los Corintios, Gálatas, Efesios, Colosenses, 1a. y 2a. a los Tesalonicenses, 1a. y 2a. a Timoteo, Tito y Filemón. El Sr. Lemuel C. Quarles ha traducido los de Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantares, Hechos, Romanos, 1a. a los Corintios, Filipenses, Hebreos, Santiago, 1a. y 2a. de Pedro, 1a., 2a. y 3a. de Juan, Judas, y el Apocalipsis.

A la Junta de Misiones Foráneas de la Convención Bautista del Sur agradecemos su ayuda financiera, sin la que no hubiéramos producido esta obra. Y extendemos nuestro agradecimiento a los demás traductores que cooperaron en la tarea: el Sr. José M. Rodríguez tradujo el comentario sobre Isaías, Jeremías y Lamentaciones; el Sr. Juan B. Garaño tradujo la parte que corresponde a las profecías de Ezequiel y Daniel; y el Sr. Francisco Macías fué responsable por la traducción del comentario sobre los siguientes libros: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Los versículos de la Biblia que aparecen en este libro en tipo negro siguen la redacción de la Versión de Cipriano de Valera (Reina-Valera); pero ya que en la Nueva Versión Revisada de Valera que aparecerá próximamente* se usa el método moderno de escribir los nombres propios, hemos optado por escribirlos de esta manera en los comentarios de los versículos.

Esperamos que estos libros llenen una necesidad que se ha manifestado en muchas ocasiones. Existen comentarios sobre la Biblia, pero constan de muchos tomos generalmente, mientras que en estos dos tomos encontramos comentarios sobre toda la Biblia, aprobados por muchos años de uso constante de parte de predicadores de renombre y estudiantes de las Sagradas Escrituras.

Los Editores

* Apareció en 1960

MATEO

INTRODUCCIÓN

El *autor* de este Evangelio era un publicano, o cobrador de impuestos, y residía en Capernaum, situada en la orilla occidental del mar de Galilea. En cuanto a su identidad con “Leví” del segundo y tercer Evangelios, y otros particulares, véase Nota sobre Mateo 9:9.

Se sabe muy poco de sus trabajos apostólicos. Que, después de haber predicado a sus compatriotas de Palestina, fué al Oriente, es el testimonio general de la antigüedad; pero acerca del escenario, o escenarios de su ministerio nada se puede determinar. Que murió de muerte natural, es la conclusión a que se puede llegar basándonos en las creencias de los “padres” mejor informados, de que sólo tres de los apóstoles sufrieron martirio, a saber, Santiago (“Jacobo”) el Mayor, Pedro y Pablo. Que el primer Evangelio fué escrito por el apóstol Mateo, es el testimonio de toda la antigüedad.

Acerca de la *fecha* de este Evangelio sólo tenemos la evidencia interna, y ésta dista mucho de ser decisiva. Por lo tanto, las opiniones al respecto están muy divididas. Que fué el primero de los Evangelios en aparecer, se creía universalmente; de modo que, aunque en el orden de los Evangelios los escritos por los dos apóstoles fueron colocados al principio en los manuscritos de la antigua versión latina, mientras que en los manuscritos griegos, casi sin excepción, el orden es casi el mismo de nuestras Biblias, el Evangelio de Mateo *en todos los casos* se coloca al principio. Y como este Evangelio es de todos los cuatro el que posee marcas más evidentes de haber sido preparado teniendo en vista especialmente a los judíos, quienes ciertamente fueron los primeros en necesitar un evangelio escrito y los primeros en hacer uso del mismo, no cabe duda de que fué escrito antes de los demás. De que fué escrito antes de la destrucción de Jerusalén, es igualmente cierto; porque, como Hug observa (*Introducción al Nuevo Testamento*, pág. 316, traducción de Fosdick), cuando informa acerca de la profecía del Señor tocante a aquel terrible acontecimiento, al llegar a la advertencia acerca de la “abominación de desolación” que “estará en el lugar santo”, él interpone (contrario a su práctica invariable, que es la de relatar sin comentario) una llamada a sus lectores para que lean inteligentemente—“el que lee entienda” (Mateo 24:15)—una llamada para que presten atención a la señal divina para huir, lo cual sólo se podría comprender si está dirigida a los que vivieron antes del acontecimiento. Pero cuánto tiempo antes de este acontecimiento fué escrito el Evangelio, no es claro. Algunas evidencias internas parecen señalar una fecha muy temprana. Ya que los cristianos judíos estuvieron por unos cinco o seis años expuestos a persecución a manos de sus compatriotas—al grado de que los judíos, siendo perseguidos por los romanos, tenían que cuidar de sí mismos—no es probable, argumentan algunos, que fuesen dejados por tanto tiempo sin un Evangelio escrito que los reafirmara y sostuviese, y el Evangelio según Mateo es extraordinariamente adecuado para este propósito. Pero las recopilaciones de datos a las cuales se refiere Lucas en su introducción (véase Nota sobre Lucas 1:1–4), bastarían por un tiempo, especialmente debido a que la voz viva de los “testigos oculares y ministros de la palabra” todavía se dejaba oír. Otras consideraciones en favor de una fecha muy temprana—tales como la manera suave en que el autor parece referirse a Herodes Antipas, como si reinase aún, y su referencia a Pilato como si estuviese aún en el poder—no parecen basarse en hechos, y por lo tanto no pueden constituirse en base de un razonamiento respecto a la fecha del Evangelio. Su estructura y matiz hebreos, aun cuando prueban, como creemos, que este Evangelio fué publicado en un período considerablemente anterior al de la destrucción de Jerusalén, no son evidencia en favor de una fecha tan temprana como el año 37 o 38 después de Cristo, según algunos de los “padres” y los modernos Tillemont, Townson, Owen, Birks, Tregelles. Por lo contrario, la fecha sugerida por la afirmación de Ireneo (3:1) de que Mateo publicó su Evangelio mientras Pedro y Pablo estaban en Roma predicando y fundando la iglesia, o sea después del año 60 aun cuando la mayoría de los críticos está en su favor, parecería demasiado tardía, especialmente debido a que los Evangelios segundo y tercero, que sin duda fueron publicados, lo mismo que éste, antes de la destrucción de Jerusalén, tenían que aparecer aún. Ciertamente afirmaciones como las que siguen: “Por lo cual fué llamado aquel campo, campo de sangre, *hasta el día de hoy*”; “y este dicho fué divulgado entre los Judíos *hasta el día de hoy*” (Mateo 27:8 y 28:15), denotan una fecha muy posterior a los acontecimientos que se relatan. Nosotros nos inclinamos por lo tanto en favor de una fecha intermedia entre la temprana y la tardía que se le asigna a este Evangelio, sin pretender una mayor precisión.

Hemos llamado la atención al carácter y colorido marcadamente judíos de este Evangelio. Los hechos que el autor selecciona, los puntos que recalca, el molde del pensamiento y fraseología, todo habla de un punto de vista *del* cual fué escrito y *al* cual fué dirigido. Esto se ha notado desde el principio, y se reconoce universalmente. Esto es de la mayor consecuencia para su correcta interpretación; pero de la tendencia entre algunos de los mejores críticos alemanes de inferir, basados en este designio especial del primer Evangelio, una cierta laxitud por parte del evangelista en el tratamiento de los hechos, debemos guardarnos.

Sin duda el punto más interesante e importante relacionado con este Evangelio, es el *idioma* en que fué escrito. Un formidable número de críticos creen que este Evangelio fué escrito originalmente en lo que comúnmente se

llama *hebreo*, pero más correctamente el arameo, o siro-caldeo, la lengua nativa del país en la época de nuestro Señor; y que el Evangelio de Mateo en griego que poseemos ahora, es una traducción de aquel trabajo, bien sea por el evangelista mismo o por alguna mano desconocida. La evidencia en que se basa esta opinión es enteramente externa, pero ha sido mirada como concluyente por Grocio, Michaelis (y su traductor), Marsh, Townson, Campbell, Olshausen, Creswell, Meyer, Ebrard, Lange, Davidson, Cureton, Tregelles, Webster y Wilkinson. (La evidencia a la cual nos referimos, no puede darse aquí, pero se hallará, con observaciones a su carácter poco satisfactorio, en la "Introduction to the Gospels" que aparece en el prefacio del "Commentary on the Bible", por Jamieson, Fausset y Brown, páginas 28 al 31).

¿Pero cuáles son los hechos en cuanto a nuestro Evangelio en griego? No tenemos ni un tilde de evidencia de que se trate de una traducción, bien sea por Mateo mismo o por algún otro. Toda la antigüedad se refiere a este Evangelio como obra de Mateo el publicano y apóstol, del mismo modo que los otros Evangelios se atribuyen a sus respectivos autores. Este Evangelio griego fué recibido por la iglesia desde el principio como parte integrante del *Evangelio* cuadriforme. Y aunque los "padres" a menudo llaman la atención a los dos Evangelios que fueron escritos por apóstoles, y a los dos que fueron escritos por hombres que no eran apóstoles para poder mostrar que así como el de Marcos descansa tan completamente en Pedro y el de Lucas en Pablo, así éstos no son menos apostólicos que los otros dos—aunque nosotros asignamos menos peso a esta circunstancia que ellos, no podemos dejar de pensar que es notable que ellos, al hablar así, nunca han dejado un vestigio de que han puesto en tela de duda la autoridad del Evangelio griego de Mateo, en el sentido de que no se trate del *original*. Además no se descubre en este Evangelio ni siquiera una señal de que se trate de una traducción. Michaelis trató de descubrir, y creyó haber descubierto, una o dos de tales señales. Otros críticos alemanes, y Davidson y Cureton entre nosotros, han hecho la misma tentativa, pero el completo fracaso de todos esos esfuerzos se admite ahora generalmente, y los ingenuos defensores del original hebreo están listos a reconocer ahora que no se halla ninguna señal de esa clase, y que si no fuese por el testimonio externo, nadie se habría imaginado que el Evangelio griego no era el original. Ellos interpretan este hecho como que indica cuán perfectamente fué hecha la traducción; pero los que mejor conocen lo que es traducir de una lengua a otra, estarán dispuestos a reconocer que esto es equivalente a abandonar la cuestión. Este Evangelio proclama su propia originalidad en un número de puntos sorprendentes, como ser su manera de citar el Antiguo Testamento y su fraseología en algunos casos peculiares. Pero la íntima *coincidencia verbal* de nuestro Evangelio de Mateo en griego con los dos Evangelios siguientes, no debe perderse de vista del todo. Hay sólo dos posibles maneras de explicar esto: O el traductor, sacrificando la fidelidad verbal de su versión, intencionalmente conformó algunas partes del trabajo de su autor con los Evangelios segundo y tercero, en cuyo caso difícilmente se le podría llamar Evangelio según Mateo; o por el contrario, nuestro Mateo griego es el original.

Movidos por estas consideraciones, algunos defensores de la teoría de un original hebreo, han adoptado la teoría de un *original doble*; el testimonio externo, piensan ellos, requiere que creamos en un original hebreo, mientras que la evidencia interna es decisiva en favor de la originalidad del texto griego. Esta teoría es defendida por Guericks, Olshausen, Thiersch, Townson, Tregelles y otros. Pero además de que esta teoría parece ser también artificial, inventada para resolver una dificultad, está completamente sin base histórica. No hay ni siquiera un vestigio de testimonio que la apoye en la antigüedad cristiana. Esto debe ser decisivo en contra de ella.

Concluimos, pues, que nuestro Mateo griego es el original de este Evangelio y que ningún otro original existió jamás. Reconocemos la sinceridad del decano Alford, quien, después de haber mantenido en la primera edición de su "Testamento Griego" la teoría de un original hebreo de este Evangelio, se expresa en la segunda edición, y en las subsecuentes de su obra, del modo siguiente: "Considerándolo todo, me siento constreñido a abandonar el punto de vista mantenido en mi primera edición y a adoptar el de un original griego".

Hay un argumento que ha sido presentado por el lado contrario, en el cual se ha puesto no poca confianza, pero la determinación de la cuestión principal, en mi opinión, no depende del punto a que alude. Se ha afirmado con mucha confianza que la lengua griega no era suficientemente comprendida por los judíos de Palestina, cuando Mateo publicó su Evangelio, para que sea probable que él escribiese un Evangelio para beneficio de ellos en aquella lengua. Ahora bien, como esto meramente alega la improbabilidad de un original griego, basta confrontarlo con la evidencia que ya ha sido señalada, la cual es positiva, en favor de un original único de nuestro Mateo griego. En verdad, la cuestión es saber hasta qué punto la lengua griega era comprendida en Palestina en la época de referencia. Aconsejamos al lector que no se deje llevar a esta cuestión como si fuese esencial para la solución de la otra. Constituye uno de los elementos, sin duda, pero no un elemento esencial. Hay extremos en ambos lados. La vieja idea de que nuestro Señor apenas hablara otro idioma que el sirocaldeo, ahora ha sido casi del todo desvirtuada. Muchos, sin embargo, no van tan lejos, al opinar de otra forma, como Hug (en su Introducción, pág. 326, sig.) y Roberts ("Discussions", pág. 25 y sig.). En cuanto a nosotros, aunque creemos que nuestro Señor en todas las escenas más públicas de su ministerio, habló en griego, todo lo que creemos necesario decir aquí es que no hay base para creer que el griego fuera tan poco conocido en Palestina como para que fuese improbable que Mateo escribiese su Evangelio exclusivamente en esa lengua, tan improbable que sobrepuja la evidencia de que lo hizo. Y cuando pensamos en el número de escritos, o narraciones cortas, tocante a los acontecimientos más importantes en la vida de nuestro Señor que, según Lucas (1:1-4), flotaban en el ambiente un poco antes de que él escribiese su Evangelio, de las cuales él no habla irrespetuosamente y la mayoría de las cuales estarían en la lengua madre, no puede cabernos duda de que los cristianos judíos y los judíos en Palestina generalmente tendrían desde el principio un material escrito de confianza

suficiente para suplir todo requisito necesario, hasta que el apóstol-publicano escribiese holgadamente el primero de los cuatro evangelios en un idioma que no era para ellos lengua extraña, mientras que para el resto del mundo era *la* lengua en la cual todo el cuadriforme Evangelio habría de ser reverentemente encuadrado. Los siguientes, entre otros, mantienen este punto de vista referente a la originalidad del Mateo griego: Erasmo, Calvino, Lightfoot, Wetstein, Lardner, Hug, Fritzsche, Credner, De Wette, Stuart, Da Costa, Fairbairn, Roberts.

Hay otras dos cuestiones respecto a este Evangelio, de las cuales habría sido del caso decir algo, si no fuese por el hecho de que el espacio ya ha sido agotado: Las *características*, tanto en el lenguaje como en el fondo, que lo distinguen de los otros tres, y su *relación* con los *Evangelios segundo y tercero*. En cuanto al segundo de estos tópicos, si uno o más de los evangelistas hicieron uso de los materiales de los otros Evangelios, y en caso afirmativo, ¿cuál de los evangelistas copió a los otros? Las opiniones sobre este particular son tan numerosas como las posibilidades del caso; cada concebible manera tiene uno o más escritores que la defienden. La opinión más popular hasta hace poco, y en este país todavía la más popular, es que el segundo evangelista hizo uso poco o mucho de los materiales del primer Evangelio, y que el tercero hizo uso de los materiales del primero y segundo. Sobre este punto deseamos expresar nuestra propia creencia de que cada uno de los tres primeros evangelistas escribió independientemente de los otros dos, mientras que el cuarto, familiarizado con los tres primeros Evangelios, escribió su Evangelio como suplemento a los otros, y aunque sigue la misma línea de pensamiento, escribió independientemente de ellos. Este juicio que expresamos con todo respeto para los que tienen opiniones contrarias, es el resultado de un estudio bastante detenido de cada uno de los Evangelios en una íntima yuxtaposición y comparación con los otros. Sobre el primero de los dos tópicos, las peculiaridades de cada uno de los Evangelios han sido estudiadas más detenida y acertadamente por Credner (“Einleitung”), de cuyos resultados se halla un buen sumario en la “Introducción” de Davidson. Las otras peculiaridades de los Evangelios han sido señaladas oportuna y hermosamente por Da Costa en su libro “Cuatro Testigos”, obra a la cual referimos al lector, aunque tiene algunas cosas con las cuales no estamos de acuerdo.

CAPÍTULO 1

Vers. 1-17. LA GENEALOGÍA DE CRISTO. (Lucas 3:23-38). **1. Libro de la generación**—una expresión puramente hebraica, que significa “árbol genealógico”. En Génesis 5:1, la misma expresión aparece en este sentido. Tenemos aquí por lo tanto el título de los primeros 17 versículos, y no el del Evangelio de Mateo entero. **de Jesucristo**—En cuanto al significado de estas palabras gloriosas, véase nota sobre vv. 16, 21. “Jesús”, el nombre dado a nuestro Señor en su circuncisión (Lucas 2:21) era aquel por el cual era conocido familiarmente en la tierra. La palabra “Cristo”, aunque se le aplica como un nombre propio por el ángel que anunció su nacimiento a los pastores (Lucas 2:11), y una o dos veces usada en este sentido por el propio Señor (cap. 23:8, 10; Marcos 9:41), sólo comenzó a ser usada por otros hacia la terminación de su carrera terrenal (cap. 26:68; 27:17). La forma completa “Jesucristo”, aunque usada una vez por él mismo en su oración intercesora (Juan 17:3), nunca fué usada por otros sino después de su ascensión y de la formación de iglesias en su nombre. Su uso, pues, en las palabras iniciales de este evangelio (y en los vv. 17, 18), revela el estilo del período posterior cuando escribió el evangelista, más bien que el de los acontecimientos de los cuales iba a escribir. **hijo de David, hijo de Abraham**—Así como Abraham fué el *primero* de cuya familia se predijo que el Mesías había de nacer (Génesis 22:18), así David fué el *último*. Para el lector judío, por lo tanto, estos dos puntos se le presentarían como esenciales para una genealogía verdadera del prometido Mesías; de este modo, este primer versículo, al señalar al primer Evangelio como peculiarmente judaico, de inmediato tendería a conciliar al pueblo del escritor. Del más cercano de estos dos padres se originó el nombre familiar del Mesías prometido: “el hijo de David” (Lucas 20:41), que fué dado a Jesús bien sea en piadoso reconocimiento de su legítimo derecho al mismo (Cap. 9:27; 20:31), o como para insinuar la

necesidad de investigar lo que hubiese de verdad en el caso (véase Juan 4:29; cap. 12:23, Notas). **2. Abraham engendró a Isaac: e Isaac engendró a Jacob: y Jacob engendró a Judas y a sus hermanos**—Sólo el cuarto hijo de Jacob se nombra aquí, porque era de su familia de la cual el Mesías había de nacer (Génesis 49:10). **3. Y Judas engendró de Thamar a Phares y a Zara: y Phares engendró a Esrom: y Esrom engendró a Aram: 4. y Aram engendró a Aminadab; y Aminadab engendró a Naassón; y Naassón engendró a Salmón: 5. Y Salmón engendró de Rachab a Booz, y Booz engendró de Rut a Obed: y Obed engendró a Jessé: 6. y Jessé engendró al rey David: y el rey David engendró a Salomón de la que fué mujer de Urias**—Cuatro mujeres se nombran aquí, dos de ellas gentiles de nacimiento, *Rahab* y *Rut*, y tres de ellas con una mancha en sus nombres en el A. T., *Tamar*, *Rahab* y *Batseba*. Este rasgo en la presente genealogía—que difiere aquí de la que da Lucas—guarda consonancia con aquel que se nombra a sí mismo en la lista de los doce apóstoles “Mateo *el publicano*”, lo cual no hacen las demás listas, como si de esta manera quisiese expresar desde el principio las riquezas inefables de esa gracia que no sólo podía atraer a “los que están lejos”, sino alcanzar a “publicanos y rameras” y elevarlos hasta “sentarlos con los príncipes de su pueblo”. David es mencionado aquí dos veces enfáticamente como “el rey David”, no sólo como el primero de esa línea real de la cual el Mesías había de descender, sino como el único rey de esa línea de la cual el trono que el Mesías había de ocupar recibiría su nombre, “el trono de David”. El ángel Gabriel, al anunciarlo a su madre virginal, lo llama “el trono de David su padre”, colocando al resto de los reyes intermedios de esa línea en una posición inferior simplemente como eslabones para conectar al primero y al último de los reyes de Israel como padre e hijo. Se observará que Rahab se presenta aquí como la bisabuela de David (véase Rut 4:20-22; 1 Crónicas 2:11-15), cosa que en realidad no está más allá de las

posibilidades, pero muy improbable debido a que los separan cuatro siglos. No puede haber duda de que uno o dos eslabones intermedios, están omitidos. **7. Y Salomón engendró a Roboam; y Roboam engendró a Abía; y Abía engendró a Asa.** **8. Y Asa engendró a Josaphat, y Josaphat engendró a Joram, y Joram engendró a Ozías** [o Uzzías]—Tres reyes se omiten: *Ocozías, Joas y Amasías* (1 Crónicas 3:11, 12). Era del caso hacer algunas omisiones para acortar la lista en tres grupos de catorce (v. 17). La razón por qué éstos más bien que otros nombres fueron omitidos, debe buscarse en el aspecto *religioso*, bien sea en la relación de esos reyes con la casa de Acab (como Lightfoot, Ebrard y Alford lo ven); en su mínimo derecho a ser mirados como verdaderos eslabones en la cadena teocrática (como Lange lo considera); o en alguna descalificación similar. **11. Y Josías engendró a Jechonías y a sus hermanos**—Jechonías era nieto de Josías, ya que fué hijo de Joacim, el segundo hijo de Josías (1 Crónicas 3:15); pero Joacim pudo muy bien haber sido dejado de lado en vista de que era un mero títere en las manos del rey de Egipto (2 Crónicas 36:4). Los “hermanos” de Jechonías en este lugar evidentemente significan sus tíos, el principal de los cuales, Matanías o Sedecías, que ocupó el trono (2 Reyes 24:17), es llamado “su hermano” en 2 Crónicas 36:10, como aquí. **en la transmigración de Babilonia**—Literalmente “en la emigración de ellos”, porque los judíos evitaban la palabra “cautiverio” que les sugería un recuerdo amargo, y nuestro evangelista respeta intencionalmente el sentimiento nacional. **2. Y después de la transmigración de Babilonia, Jechonías engendró a Salathiel**—Así leemos en 1 Crónicas 3:17. Esto no contradice a Jeremías 22:30, que dice: “Así ha dicho Jehová: Escribid que será este hombre (Conías o Jechonías) privado de generación”; ya que lo que sigue explica el sentido que se le daba a esa expresión: “porque ningún hombre de su simiente que se sentare sobre el trono de David, y que se enseñoreare sobre Judá, será jamás dichoso”. Había de tener descendencia, mas ningún hijo que reinara. **Y Salathiel** (o Shealtiel) **engendró a Zorobabel**—Así dicen Esdras 3:2; Nehemías 12:1; Hageo 1:1. Pero parecería, por 1 Crónicas 3:19, que Zorobabel era nieto de Salathiel, siendo hijo de Pedafías, cuyo nombre por alguna razón desconocida se omite. **13–15. Y Zorobabel engendró a Abiud, etc.**—Ninguno de estos nombres se halla en el Antiguo Testamento, pero sin duda fueron tomados de los registros público o familiar que los judíos guardaban cuidadosamente, y la exactitud de ellos nunca fué puesta en duda. **16. Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús**—Por esto se ve claramente que la genealogía que se da aquí, no es la de María, sino la de José, lo cual nunca ha sido puesto en duda. Y, sin embargo, se ha proclamado cuidadosamente que José no era el padre natural, sino sólo el padre legal de nuestro Señor. Su nacimiento de una virgen era conocido solamente de unos pocos, pero el reconocimiento de la descendencia de su padre legal de David, aseguraba que la descendencia de Jesús mismo de David nunca fuese dudada. Véase Nota sobre v. 20. **el cual es llamado el Cristo**—que significa “ungido”. En el A. T. se usa esta palabra para designar a reyes (1 Samuel 24:6, 10), a sacerdotes (Levítico 4:5, 16, etc.), y a profetas (1 Reyes 19:16). Todos eran ungidos con

aceite, símbolo de los necesarios dones espirituales para consagrarlos al desempeño de sus respectivas funciones; y se usa aquí en el sentido más sublime y amplio para designar al Libertador prometido, puesto que él había de ser consagrado a una función que abarcaba a las tres, en virtud de la extraordinaria unción del Espíritu Santo (Isaías 61:1, comp. Juan 3:34). **17. De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones; y desde David hasta la transmigración de Babilonia, catorce generaciones, y desde la transmigración de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones**—Es decir, el número completo puede dividirse convenientemente en tres grupos de catorce años, cada uno de los cuales abarcaba una era definida, y cada uno terminaba con un acontecimiento notable en los anales israelitas. Estas ayudas artificiales para facilitar el recuerdo eran muy comunes para los judíos, y algunas omisiones mucho mayores que las que se hallan aquí encontramos en algunas genealogías del A. T. En Esdras 7:1–5, se omiten nada menos que seis generaciones de sacerdotes, como se echa de ver si lo comparamos con 1 Crónicas 6:3–15. Se observará que la última de las tres divisiones parece contener sólo trece nombres distintos incluyendo el de Jesús como el último. Lange cree que esto se hizo así con el propósito de sugerir tácitamente que María fuese incluida como el décimotercer eslabón de la última cadena, ya que es imposible concebir que el evangelista se equivocase en ese punto. Pero hay una manera más sencilla de explicarlo: Ya que el evangelista mismo (v. 17) cuenta a David dos veces, como el último del primer grupo de catorce y el primero del segundo, de igual modo, si miramos al segundo grupo de catorce como terminando con Josías, quien era contemporáneo de la transmigración de Babilonia (v. 11), y el tercer grupo como comenzando con Jechonías, hallaremos que la última división, como también las otras dos, abarca catorce nombres incluyendo el de nuestro Señor.

Vers. 18–25. EL NACIMIENTO DE CRISTO. 18. Y el nacimiento de Jesucristo fué así: Que siendo María su madre desposada [más bien “comprometida”] con José, antes que se juntasen, se halló haber concebido del Espíritu Santo—Por supuesto fué solamente la realidad del hecho lo que fué descubierto; la explicación de éste dada aquí es del evangelista mismo. Que el Espíritu Santo es una persona consciente y viviente, se da a entender claramente aquí, como también es claramente enseñado en otras partes (Hechos 5:3, 4, etc.); y que, en la unidad de la Deidad, él es distinto del Padre y del Hijo, se enseña con igual claridad (Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14). En cuanto a la concepción milagrosa de nuestro Señor, véase Lucas 1:35, Nota. **19. Y José su marido**—Compárese v. 20, “María tu mujer”. El compromiso era, según la ley judía, un casamiento válido. De modo que al abandonar a María, José tendría que recurrir a procedimientos legales para realizar la separación. **como era justo, y no quisiese infamarla**—o “ponerla de manifiesto”; (véase Deuteronomio 22:23, 24) **quiso dejarla secretamente**—(“en privado”), dándole la carta de divorcio que se requería (Deuteronomio 24:1) en presencia de dos o tres testigos solamente, y sin asignar una causa, en vez de llevarla ante el magistrado. Dificilmente se puede dudar

de que no hubiera habido entre ellos alguna explicación sobre el asunto directa o indirectamente, después del regreso de María de la visita de tres meses que le hizo a Elisabet. Tampoco el propósito de divorciarla da a entender necesariamente falta de confianza de parte de José en cuanto a la explicación que le hubiese sido dada. Aun cuando se suponga que él le hubiese concedido un asentimiento reverente (y el evangelista parece indicarlo así al asignar a un sentimiento de *justicia* de José, el propósito de protegerla), le podría parecer completamente fuera de lugar e incongruente en tales circunstancias el realizar el casamiento. **20. Y pensando él en esto**—¿Quién no simpatizaría con él en aquellos momentos cuando se dió cuenta de la situación sin antes haber recibido luz de lo alto? Mientras cavilaba solo sobre el asunto, en las altas horas de la noche, frustradas sus perspectivas de formar un hogar y deshechada la felicidad de su vida; cuando iba tomando cuerpo la decisión de dar un paso doloroso, y al proponerse a hacerlo de la manera menos ofensiva, en el último extremo, el Señor mismo se interpuso. **he aquí el ángel del Señor le aparece en sueños, diciendo: José, hijo de David**—Esta manera de dirigirse a él sin duda fué escogida deliberadamente a fin de recordar a José aquello que todas las familias en la línea de David esperaban tan ansiosamente, lo cual le prepararía para el maravilloso anuncio que seguiría. **no temas de recibir a María tu mujer**—Vale decir: “Aunque una nube oscura se cierne ahora sobre estas relaciones, sin embargo, no se han contaminado”. **porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. 21. Y parirá un hijo**—Obsérvese que no se dice: “te parirá un hijo”, como le fué dicho a Zacarías de su esposa Elisabet (Lucas 1:13). **y llamarás (tú, como padre legal de él) su nombre JESÚS**—del *hebreo* que quiere decir “Jehová el Salvador”; en *griego*, Jesús, el más dulce y fragante de todos los nombres para el pecador consciente y preocupado, pues expresa breve y melodiosamente toda la obra y función salvadoras de Cristo. **porque él salvará**—El pronombre “él” recibe énfasis aquí: “es él, el que salvará”; é personalmente y por actos personales (como lo expresan Webster y Wilkinson). **a su pueblo**—las ovejas perdidas de la casa de Israel, en primera instancia, porque ellos constituían el único pueblo que él tenía entonces. Pero, en cuanto fué derribada la pared intermedia de separación, el pueblo salvado incluía los redimidos para Dios por su sangre “de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9). **de sus pecados**—en el más pleno sentido de salvación del pecado (Apocalipsis 1:5; Efesios 5:25–27). **22. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo que fué dicho por el Señor, por el profeta [Isaías 7:14] que dijo: 23. He aquí la virgen concebirá y parirá un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel, que declarado, es: Con nosotros Dios**—No es que fuera a tener éste como nombre propio (como “Jesús”), sino que vendría a ser reconocido *en este carácter*, como Dios manifestado en la carne, desde entonces y para siempre. **24. Y despertando José del sueño [todas sus dificultades habían ahora desaparecido], hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer**—¡Con qué gozo profundo y reverente lo haría de su parte; y qué bálsamo habría de administrar a su prometida, quien hasta ahora había estado bajo

la más penosa de todas las sospechas para una mujer casta y santa, sospecha también que provenía de aquello que para ella era un honor sin paralelo, aunque era completamente desconocido a las demás personas que la rodeaban! **25. Y no la conoció hasta que parió a su hijo primogénito; y llamó su nombre JESÚS**—La palabra “hasta” no necesariamente da a entender que vivieran en una relación distinta después (lo cual se hace evidente considerando el uso de la misma palabra en 1 Samuel 15:35; 2 Samuel 6:23; Mateo 12:20); como tampoco la palabra “primogénito” decide la cuestión muy discutida de si María tuvo hijos de José después del nacimiento de Cristo; pues como Lightfoot lo dice: “La ley al hablar del primogénito no se interesaba en si alguno había nacido *después*, sino solamente en si alguno había nacido *antes*” (véase cap. 13:55, 56).

CAPÍTULO 2

Vers. 1–12. VISITA DE LOS MAGOS A JERUSALÉN Y A BETHLEHEM. Los magos llegan a Jerusalén—El Sanebrín, a petición de Herodes, anuncia a Bethlehem como el lugar predicho en el cual había de nacer el Mesías (Vers. 1–6). 1. Y como fué nacido Jesús en Bethlehem de Judea—Así llamada para distinguirla de otra Bethlehem en la tribu de Zabulón, cerca del mar de Galilea (Josué 19:15); llamada también *Bethlehem de Judá*, por estar en esa tribu (Jueces 17:7); y *Efrata* (Génesis 35:16), y la combinación de estos dos nombres, *Bethlehem-Efrata* (Miqueas 5:2). Estaba ubicada a unos diez kilómetros al sudoeste de Jerusalén. ¿Pero cómo ocurrió que José y María viniesen allá desde Nazaret, el lugar de su residencia? No fué asunto de su elección, y ciertamente no fué con el propósito de cumplir la profecía en cuanto al lugar del nacimiento del Mesías; no; estuvieron en Nazaret hasta que fué casi demasiado tarde para que María realizara el viaje con seguridad; no se habrían movido de ese lugar, si no hubiesen recibido una orden que no podían desobedecer, lo cual les obligó a ir al lugar señalado. Una mano poderosa se hallaba presente en todos estos movimientos (Véase Lucas 2:1–6, Nota). **en días del rey Herodes**—Conocido como el Grande; hijo de Antípater, idumeo, hecho rey por los romanos. Así fué como “el cetro se apartó de Judá” (Génesis 49:10), una señal de que el Mesías estaba cerca. Como se sabe que Herodes murió en el año 750 de Roma, el año cuarto antes de la iniciación de nuestra era cristiana, el nacimiento de Cristo ocurrió cuatro años antes de la fecha que generalmente se asigna, aun cuando haya nacido en el mismo año de la muerte de Herodes, como es muy probable que haya sido. **he aquí unos magos vinieron**—Probablemente pertenecientes a las clases instruidas que cultivaban la astrología y ciencias afines. La profecía de Balaam (Números 24:17) y tal vez la de Daniel (cap. 9:24.), puede haberles llegado como una tradición; pero nada definitivo se sabe acerca de ellos. **del oriente**—Pero si de Arabia, de Persia o Mesopotamia es incierto. **a Jerusalem**—Por ser la metrópolis judía. **2. Diciendo: ¿Dónde está el Rey de los Judíos, que ha nacido?**—Según esto aparentemente ellos no eran judíos. (Compáre el lenguaje del gobernador romano, Juan 18:33, y de los soldados romanos, cap. 27:29, con el lenguaje muy distinto de los

 EDITORIAL
**MUNDO
HISPANO**
CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES
www.editorialmundohispano.org
03004

Estudios Bíblicos/Estudios del N.T./General

ISBN - 0 - 311 - 03004 - 1
ISBN - 978 - 0 - 311 - 03004 - 0



9 780311 030040

